1

EL DESAFORTUNADO NÚMERO 13

Carter

—Joder.

Me pongo de espaldas y, mientras me tomo un momento para recuperar el aliento, me quito el condón de la polla, que se está desinflando con rapidez. Con la lengua lamo las gotas de sudor que cuelgan de mi labio superior y me paso los dedos por el pelo. Estoy agotado, maldita sea.

—No —gimoteó Laura, que se estiró en perpendicular sobre la cama cuando me puse de pie—. No te levantes, Carter.

Alzo el condón. Eso debería ser explicación suficiente, ¿verdad?

—Voy a tirar el condón, Laura.

Frunció el ceño.

—Lacey.

Sofoco una carcajada. *Ups*.

—Cierto. Lo siento. Lacey.

Lacey es la rubia despampanante que salió en la portada de *Maxim* en agosto pasado. Lo recuerdo porque me lo dijo trece veces en el bar. Empecé a contar después de la tercera.

—Podríamos darle de nuevo —grita mientras tiro el condón en la papelera del baño.

Dejo caer el peso sobre el antebrazo que he apoyado en la pared y meo mientras ella parlotea acerca de que deberíamos pasar toda la noche juntos. Podríamos, seguro, pero preferiría que se fuera. A pesar de la creencia popular, me gusta pasar tiempo solo, incluso cuando podría pasarlo con partes del cuerpo metidas en chicas bonitas.

No me malinterpretéis: Lacey es el tipo de chica con la que te metes en la cama sin dudarlo. Por eso hemos follado como conejos durante los pasados treinta minutos sin parar, después de meterle mano en el ascensor mientras subíamos al apartamento, porque, joder, quería que dejara de hablar. Lo había entendido las primeras doce veces: había salido en la portada de una revista.

El número trece se supone que es el número de la suerte, no un mal presagio.

—No puedo —respondo, mientras me lavo las manos mirándome en el espejo. El corte que tengo en la mitad del labio inferior está muy hinchado. He salido bien parado esta noche; el otro tipo no puede decir lo mismo—. Tengo un vuelo a primera hora.

El vuelo es a mediodía, pero simplemente no quiero que se quede.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra el marco de la puerta mientras ella se acurruca debajo de las mantas. No, no va a suceder.

—Es mejor que te vayas.

Me pongo los bóxer y coloco las manos en las caderas, a la espera. No se mueve y se me queda mirando con sus enormes ojos azules. Parece creer que cuanto más los abra, más rápido cambiaré de opinión. No sé cómo decirle lo equivocada que está.

Me rasco la cabeza. Me balanceo sobre los talones, cierro el puño un par de veces, chasqueo la lengua y espero a que haga algo.

—¿Puedo quedarme aquí esta noche? —pregunta, por fin.

Otra vez, joder. Siempre la misma pregunta. Todo el tiempo igual. ¿Es porque de verdad quiere quedarse o porque espera, secretamente, ser la mujer que logrará cambiar a Carter Beckett y lo hará sentar la cabeza? A veces tengo la impresión de que lo hacen porque existe un premio gordo que obtendrá la ganadora.

Pero, ahora que lo pienso, sí que existe. El premio es el sueldo de ocho cifras del capitán de los Vancouver Vipers.

Mi respuesta es siempre la misma.

—No hago pijamadas.

—Pero yo… —Le tiembla la barbilla y parpadea con los ojos humedecidos. Maldita sea. Nos conocemos hace dos horas nada más. ¿Por qué está llorando?—. Yo creo que lo hemos pasado bien. Pensé que tal vez… Pensé que te gustaba.

—Y me gustó estar contigo esta noche —digo. El sexo fue claramente un siete sobre diez—. Nos divertimos mucho.

Uso el tiempo pasado para enfatizar que este es el momento en que cada cual sigue su camino para no volvernos a ver, me imagino, pero tiene el efecto contrario.

Sonríe de oreja a oreja.

—Tal vez podríamos tener una cita.

Intento resistir las ansias de darme una bofetada. En serio. En vez de hacer eso, me paso la mano por la cara en cámara lenta y reprimo un quejido. Puntos por eso.

—Vivimos en países diferentes.

—Puedo venir a Van…

—Nunca tengo citas. —Encuentro los pantalones que dejé junto a la puerta de la habitación, busco el móvil y abro la aplicación de Uber—. No es personal. No busco nada serio por ahora.

Sinceramente, no entiendo por qué tengo que seguir hablando de esto. Soy abierto respecto a mi vida privada.

No, eso es mentira. Nadie sabe una mierda acerca de mi vida privada, salvo mis compañeros de equipo y mi familia. ¿Las horas que paso entre los partidos y el momento en que me desmayo solo en la cama? Eso sí que se sabe. Me fotografían cada fin de semana con una mujer diferente. Las chicas ya saben en qué se meten. Hay hasta foros en los que se quejan de que las trato como aventuras de una noche y al mismo tiempo quieren cabalgarme de nuevo.

Pero eso es lo que son, todas. Aventuras de una noche. Lo saben desde el principio, pero una y otra vez se marchan decepcionadas cuando ocurre exactamente de esa manera.

Guardo el móvil y vuelvo a prestarle atención a la mujer sobre mi cama. Estruja la sedosa tela roja entre los dedos y me observa.

—Te he pedido un Uber. Estará abajo en cinco minutos.

—Pero…

—Mira, Lauren…

—*Lacey*.

—Lacey, cierto, disculpa. Mira, Lacey, lo he pasado genial esta noche contigo, pero viajo demasiado para tener un vínculo serio.

—¿Ese es el único motivo? —Me tiende la mano para que la ayude a incorporarse—. ¿Porque el hockey no te deja tiempo?

—Sí. —Miento—. No tengo tiempo.

Podría buscar el tiempo, supongo. Si me interesara. Pero nunca me interesa.

—Bueno. —Por lo menos eso parece tranquilizarla. Quizás hasta pueda que se sienta satisfecha con la situación. No lo sé y no me importa mucho—. Bueno, ¿me das tu número?

Ni en sueños.

—Nunca doy mi número.

Jamás.

Antes de que pueda replicar, la puerta de la *suite* emite dos pitidos y se abre.

—¿Sigues despierto, Beckett? ¿Quieres jugar un rato corto antes de…*? Joder, por el amor de Dios*. —Mi compañero de equipo y mejor amigo Emmett Brodie se queda parado sin entrar, su mirada pasa de mí a La… Lacey. Alza una mano para no mirar. Supongo que debe pensar que Cara lo castrará si se atreve a mirar a otra mujer. La verdad es que quizá lo haría. Es una chica intensa—. Por eso comparto habitación con Lockwood.

Sí, ha estado haciendo eso mismo desde hace un año, desde que conoció a Cara. Supongo que no quiere correr el riesgo de tener a desconocidas desnudas en su habitación cuando estamos de gira. Lo entiendo. Creo. Es decir, no sé nada de relaciones, ni serias ni de otro tipo.

—Ya se está yendo —digo y echo un vistazo a Lacey a sus espaldas. Sigue desnuda. No parece importarle una mierda que Emmett esté ahí parado. De hecho, lo mira de arriba abajo.

Suele ser así con la mayoría de chicas que conozco. No les importa en absoluto con quién se acuestan, siempre y cuando juegue en el equipo y gane millones. Por eso se las conoce como conejitas del hockey: saltan de un jugador al otro.

—Ha llegado tu vehículo —anuncio—. Mejor que te vistas, cariño.

—Bueno, yo…

—Tiene novia y no está interesado.

Aprieto los dientes, molesto. Solo quiero jugar al *Call of Duty* con mi amigo, tragarme un paquete entero de Oreos y desmayarme con la cara contra las almohadas. ¿Es mucho pedir?

Finalmente, Lacey se pasa el vestido por encima de la cabeza. La seda roja cae a la perfección sobre sus caderas. Coño, es que está muy buena. En cuanto cruce la puerta me olvidaré de su nombre, pero me acordaré de esta visión.

—¿Puedo dejarte mi número? Así me llamas la próxima vez que estés en la ciudad, o si cambias de idea y quieres que vuele…

—Claro. —Hago una seña en dirección al bloc con el membrete del hotel y al bolígrafo sobre la mesita de noche—. Anótalo.

Emmett abre mucho los ojos y esboza una sonrisa mientras pasa a mi lado y entra al cuarto de baño.

Lacey me sigue hasta la puerta y me mira como si fuera una cachorrita extraviada. Que haga todos los pucheros que quiera, no pienso llevármela a casa.

—Bueno, gracias… Por esta noche. Espero volver a verte.

Su sonrisa es tan luminosa que casi me siento mal. Pero luego se acerca para besarme y giro la cabeza en el último instante. Me besa la mandíbula.

—Adiós, Lauren. —Cierro la puerta con fuerza y pongo el seguro.

—*¡Lacey!* —grita desde el pasillo.

Emmett emerge del baño, muerto de risa.

—Eres un imbécil, Carter.

Me lanzo sobre el sofá mientras él enciende la Xbox.

—No lo entienden. No estoy buscando pareja. —Cojo el paquete de Oreos medio vacío de la mesa de café y giro las tapas de una galletita para abrirla y chupar el relleno—. Es una aventura de una noche, no una propuesta de matrimonio.

—¿O sea que te cargas sus esperanzas y sueños de tener una vida feliz con un hombre que las ama?

¿Esperanzas y sueños? ¿Qué demonios?

—Cara te está convirtiendo en un malvavisco. Que esperen y sueñen todo lo que quieran, solo que no conmigo.

—¿Porque nunca sentarás la cabeza?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Quizá sí, quizá no. No será pronto.

Se ríe y me arroja los mandos en el regazo.

—Algún día, una chica aparecerá en tu vida y te la pondrá patas arriba y no sabrás qué mierda hacer salvo ponerte de rodillas y rogarle que nunca se marche.

Asiento mientras me meto otra galletita en la boca.

—Y ese será el día que siente la cabeza.